

Ciudades y metáforas: sobre el concepto de resiliencia urbana

Ricardo MÉNDEZ

Instituto de Economía, Geografía y Demografía
Centro de Ciencias Humanas y Sociales CSIC

RESUMEN: La resiliencia urbana surge ahora como un concepto emergente, desarrollado principalmente en los ámbitos de la psicología o la ecología, para describir y explicar por qué algunas ciudades que padecieron un agudo declive consiguen revitalizar su economía, regenerar su tejido social y renovar sus espacios deteriorados, mientras otras muchas no encuentran cómo lograrlo. Este artículo de carácter teórico propone una revisión crítica y un análisis de la resiliencia urbana, que incluye sus características, mecanismos y claves explicativas desde la perspectiva de la geografía relacional y neoinstitucional, así como sus implicaciones para las políticas públicas. Finaliza con una reflexión sobre su contribución a una mejor comprensión de la desigual capacidad mostrada por las ciudades para enfrentarse a las crisis.

DESCRITORES: Resiliencia urbana. Ciudad resiliente. Declive urbano. Geografía relacional. Neo-institucionalismo.

«El relato de nuestra historia nos remite al pasado para explicar el presente, pero nunca cierra el futuro.»

A. FORÉS & J. GRANÉ (2008).

1. Introducción

Las ciudades europeas se enfrentan en las últimas décadas a una serie de transformaciones profundas que han modificado con rapidez su estructura y fisonomía internas, su funcionalidad y su dinamismo. En el intento de definir y, en su caso, interpretar esos cam-

bios múltiples el recurso a la metáfora y la propuesta de una nueva terminología se han convertido en un rasgo característico de la investigación reciente.

Definidas ya por Aristóteles en su *Poética* como «la aplicación a una cosa de un nombre que es propio de otra», las metáforas constituyen un recurso retórico que impregna nuestra vida cotidiana y nuestra experiencia del mundo. Pero también son muchos los autores que han destacado su importancia en el avance y la transmisión del conocimiento científico a través del razonamiento analógico, aunque no sean menores las críticas realizadas desde

planteamientos positivistas. En el ámbito de las ciencias sociales, la traslación terminológica entre disciplinas alcanza especial importancia y está en el origen de un largo debate entre quienes lo consideran una fuente de confusión más guiada por la moda que por la búsqueda de precisión, frente a quienes señalan su utilidad para abordar fenómenos poco familiares a partir de conceptos ya desarrollados, destacando también el potencial asociado a esas temáticas híbridas.

El ámbito de los estudios territoriales es proclive a:

«entusiastas pero a menudo superficiales intentos de incorporar planteamientos procedentes de ciencias sociales próximas» (HASSINK, 2010:55).

y, en concreto, los dedicados a las ciudades han conocido en años recientes una proliferación sin precedentes de todo tipo de metáforas, muy presentes en la bibliografía internacional. Así ocurre, por ejemplo, con los calificativos de ciudades globales (*global cities*) para aquellas que dirigen el proceso de mundialización, ciudades inteligentes (*intelligent cities*), creativas (*creative cities*) o que aprenden (*learning cities*) para aquellas mejor adaptadas a la denominada sociedad del conocimiento, ciudades que se contraen (*shrinking cities*) para las que padecen un agudo declive, ciudades duales y fractales (*dual cities*, *fractal cities*) para destacar su creciente segmentación socio-espacial interna, etc. No puede negarse que, en algunos casos, estos neologismos suponen una aportación para definir fenómenos recientes, pero tampoco que en su proliferación parece primar la búsqueda de una *imagen de marca* que permita una mejor diferenciación en el competitivo mundo académico, con el riesgo de confusión que supone dotarles de diferentes significados según el ámbito de aplicación o el autor.

El concepto de ciudades resilientes (*resilient cities*) constituye una metáfora emergente para describir e interpretar la capacidad mostrada por algunas para enfrentar adversidades, origen de graves impactos que cuestionaron su futuro, consiguiendo recuperarse y continuar su proceso de desarrollo. Aunque el uso abusivo de términos pretendidamente innovadores aconseja cierta prevención inicial respecto a la *resiliencia urbana* como objeto de investigación, ninguna metáfora es válida o inválida en sí misma, sino que lo será en función de su capacidad para representar de modo adecuado lo que se pretende y sugerir vías de interpretación. En tal sentido, si su utilización no se ade-

cúa bien a las características y funcionamiento de la realidad aludida, tendrá escaso valor y no será sino una moda pasajera más. En cambio, si la analogía consigue describir e interpretar de forma adecuada un determinado proceso, justificará su uso e incluso puede orientar nuevas investigaciones (BUSTOS, 2000).

Con ese objetivo esencialmente exploratorio, el texto propone una reflexión teórica sobre la resiliencia urbana, que se estructura en una serie de pasos sucesivos. En el siguiente apartado se aborda el concepto de resiliencia y sus significados en diversas disciplinas. Se centra luego la atención en la aún escasa bibliografía reciente que lo aplica a escala urbana, intentando precisar los principales rasgos que deberían definir a una ciudad resiliente. Debatida su caracterización, la mayor atención se dedica a comprender las razones de la desigual capacidad mostrada por las ciudades para alcanzarla, comenzando por recordar algunos de los argumentos utilizados en disciplinas donde el concepto ha sido más trabajado, base para abordar una propuesta interpretativa coherente con algunos de los enfoques actuales en los estudios urbanos, al tiempo que se revisan otros de forma crítica. El artículo finaliza con unas conclusiones sobre sus potencialidades y limitaciones para orientar un programa de investigación relevante.

2. Sobre los orígenes del concepto y los rasgos característicos de la resiliencia

La resiliencia es un concepto polivalente que se ha difundido durante las últimas décadas en diferentes ciencias sociales y ambientales para alcanzar también ahora a los estudios urbanos y regionales. Muestra con ello un carácter transdisciplinar que permite reconsiderar la evolución de las ciudades desde una nueva perspectiva. Su posible inclusión entre los que MARKUSEN (1999) calificó como conceptos borrosos (*fuzzy concepts*) no afecta su capacidad evocadora, al referirse a fenómenos bien conocidos en diversos ámbitos de investigación, pero sí aconseja una reflexión previa sobre sus posibles significados frente a su simple aceptación acrítica.

En su acepción originaria, dentro del ámbito de la física de materiales, resiliencia significa la capacidad de un material elástico que recibe un impacto «para absorber y almacenar energía de deformación» sin llegar a romperse y recuperando luego su estructura y forma originales,

tal como la define el *Diccionario de la Real Academia Española*. Difundido el concepto a los estudios sobre ecología a partir del trabajo pionero de HOLLING (1973), identifica la capacidad de ciertos sistemas ambientales y organismos para ser menos vulnerables, o para resistir y responder a condiciones especialmente adversas (DAUPHINÉ & PROVITOLLO, 2007).

Su posterior traslación a lo que Folke calificó como una nueva perspectiva para el análisis de sistemas socio-ecológicos (WALKER & *al.*, 2004; FOLKE, 2006) incorporó la idea de resiliencia social, definida por ADGER (2000: 347) como «la capacidad de las comunidades para resistir *shocks* externos a su infraestructura social». Algunas de estas interpretaciones han llegado a plantear que numerosos sistemas tienden a evolucionar de forma cíclica, con fases de crecimiento, destrucción y reorganización, siendo estas últimas las identificadas como de resiliencia (GUNDERSON & HOLLING, 2002).

El concepto también ha alcanzado un amplio desarrollo en el ámbito de la Psicología, donde en los años setenta del pasado siglo se incorporó para describir e interpretar las posibles razones por las que individuos enfrentados a situaciones traumáticas muestran comportamientos dispares que afectan de modo directo su desarrollo personal posterior (GROTBERG, 2006; CYRULNIK & *al.*, 2004); En ese sentido, la resiliencia se define como:

«una pauta de comportamiento y funcionamiento que indica una adaptación positiva en el contexto de un riesgo o adversidad significativos» (KEYES, 2004: 224).

Más expresiva y amplia resulta aún la definición de FORÉS & GRANÉ (2010: 25), para quienes:

«es la capacidad de un grupo o persona de afrontar, sobreponerse a las adversidades y resurgir fortalecido o transformado»,

lo que supone continuar su proceso de desarrollo a pesar de haberse enfrentado a sucesos desestabilizadores. Esto supone insistir en dos ideas principales, presentes en la amplia bibliografía sobre esta cuestión.

La primera es el reconocimiento de que ante el riesgo y la adversidad graves (no el simple contratiempo puntual) a los que no es infrecuente que podamos vernos sometidos en el transcurso de nuestra historia personal o colectiva, todos somos vulnerables en distinto grado y existen determinadas características internas, ambientes y estrategias que pueden favorecer

o dificultar respuestas de adaptación positiva. No se trata, pues, de un rasgo personal o una cualidad inherente y permanente, sino que exige un trabajo consciente para movilizar determinados recursos, tomar decisiones y emprender acciones que no siempre se verán acompañadas por el éxito. Sin negar, por tanto, la influencia a veces muy presionante de las condiciones externas, se constata que existe cierta capacidad personal que diferencia el tipo de respuesta, por lo que se trata de un enfoque que «está más próximo a modelos dinámicos e interactivos del desarrollo que a modelos unidireccionales» (URIARTE, 2005: 61).

La segunda es precisar que resiliencia es algo más que resistencia, pues supone reconstruir el rumbo a partir de una ruptura sin la pretensión de mantener todo igual o recuperar una supuesta estabilidad perdida, sino que la adaptación positiva a las nuevas condiciones implica necesariamente un proceso de aprendizaje junto a cierto grado de adaptabilidad y, en consecuencia, de transformación. Se trata de hacer «un buen uso de la memoria y del olvido» (LECOMTE, 2010) para aprender del pasado, sin olvidarlo ni ignorarlo, lo que supone construir sobre él sin regresar nunca al punto de partida.

Una última consideración de interés es que, además de describir respuestas de adaptación personales frente a la adversidad, para algunos autores el concepto de *resiliencia comunitaria* también puede aplicarse a grupos sociales. Así, del mismo modo que ciertas personas pueden resurgir a partir de una experiencia traumática,

«la comunidad también es capaz de utilizar los recursos y las capacidades necesarias para afrontar las adversidades colectivas que afectan a una parte considerable de la comunidad o a su conjunto» y así, «cada desastre de origen humano o natural puede significar el desafío para movilizar las capacidades solidarias de la población y emprender procesos de renovación que modernicen su entramado social» (FORÉS & GRANÉ, 2010: 105-106).

No obstante, el propio éxito del concepto y su traslación a ámbitos disciplinares y temáticas cada vez más amplias y alejadas de sus aplicaciones iniciales han suscitado críticas entre quienes cuestionan su uso a veces abusivo y la escasa precisión resultante. También respecto a la dificultad para encontrar indicadores de adaptación positiva que lo hagan operativo para una investigación empírica aún insuficiente, llegando a dudar de su valor científico, en especial desde perspectivas positivistas (LUTHAR & *al.*, 2000).

Por su parte, en relación a la resiliencia económica también se ha llegado a afirmar que se trata de un concepto frecuentemente usado, pero raramente bien definido (HILL & *al.*, 2010: 1). Sin ignorar tales ambigüedades, parece interesante explorar los argumentos que, haciendo uso de la analogía, han comenzado a trasladar el concepto de resiliencia al plano de los estudios territoriales, para revisar tanto sus aportaciones de interés como sus inconsistencias.

3. Los diversos significados de la resiliencia en la evolución de ciudades y regiones

El concepto de *resiliencia urbana* o *regional* y las metáforas de la *ciudad* o la *región resiliente* han comenzado a hacer su aparición en la bibliografía internacional de los últimos años y es previsible su expansión en el futuro inmediato. Existen incluso algunas organizaciones como *Resilience Alliance* (<http://www.resalliance.org/>), *Community&Regional Resilience Institute* (<http://www.resilientus.org/>), o *Resilient City* (<http://www.resilientcity.org/>), junto a la *Network on Building Resilient Regions* (<http://brr.berkeley.edu/>) que hoy ejercen un importante papel activo en su difusión.

En el caso de los estudios regionales, que han alcanzado un mayor desarrollo relativo hasta el momento, uno de sus rasgos característicos es la primacía de enfoques principalmente económicos, que se han trasladado en buena medida a los primeros análisis sobre ciudades realizados desde esta perspectiva. En tal sentido, uno de los primeros trabajos relevantes sobre resiliencia urbana la define como:

«la capacidad de las economías locales para transformarse frente a los shocks tecnológicos que socavan su base económica preguntándose, en esencia, sobre cómo reinventar sus economías» (POLÈSE, 2010: 8).

No obstante, en una perspectiva más amplia podría considerarse la adaptabilidad que muestran algunas ciudades para enfrentarse a procesos de declive y revertirlos, lo que supone un incremento de sus ventajas competitivas, pero también de su cohesión social interna, sus procesos de gestión local, su calidad de vida y su sostenibilidad, aumentando de ese modo las posibilidades de atraer población, inversiones y empresas que puedan generar un nuevo dinamismo. De ahí su especial utilidad para abordar el análisis de la evolución seguida por este tipo de ciudades, que en la

bibliografía reciente se identifican como *shrinking cities* (LANGNER & ENDLICHER 2008; FOL & CUNNINGHAM-SABOT, 2010).

Los procesos a que hace referencia este concepto no resultan nuevos como temática de investigación, pero el creciente interés que ahora despiertan puede entenderse como «una respuesta al contemporáneo sentimiento generalizado de incertidumbre e inseguridad, así como a la búsqueda de fórmulas para la adaptación y la supervivencia» (CHRISTOPHERSON & *al.*, 2010: 3). La globalización, con sus efectos sobre la competencia territorial y el desarrollo desigual, convierte a muchas ciudades y regiones en más permeables frente a impactos externos que pueden afectar su evolución de forma. Los impactos de la crisis financiera iniciada en 2008 y la recesión económica que desde entonces afecta a numerosas ciudades europeas recuerdan hoy la actualidad y utilidad del concepto (MARTIN, 2012). De ahí el creciente interés por aprender de quienes se enfrentaron a ese tipo de retos con cierto éxito.

Pero cualquier aproximación a esta literatura en expansión, que tiene por el momento un carácter más teórico que de investigación empírica, pone de inmediato en evidencia diferentes usos para este concepto, que POLÈSE (2010) vincula a dos tipos de resiliencia con un significado muy distinto desde la perspectiva de los estudios urbanos.

Por una parte, la que denomina como *Resiliencia-A* se entiende como la capacidad de sobrevivir a diferentes tipos de desastres coyunturales, acaecidos en determinados momentos, ya sean de origen natural (sismos, tsunamis, ciclones, inundaciones...) o humano (bombardeos masivos, ataques terroristas...). Aunque existen ejemplos de *ciudades fantasma* que no fueron capaces de reconstruirse tras una catástrofe, lo cierto es que esa capacidad parece ser inherente a la mayoría de ciudades, al menos de cierta dimensión, lo que hace que sean mucho más numerosos los ejemplos de superación.

De ese modo, si las condiciones que justificaron el desarrollo urbano previo a la catástrofe se mantienen, tras un periodo más o menos prolongado de reconstrucción las ciudades podrán recuperar su anterior dinamismo e incluso superarlo en términos de población, actividad económica, expansión física, etc., renovando aquellas áreas más afectadas (VALE & CAMPANELLA, 2005; CHERNICK, 2005; SHAW & SHARMA, 2011). Esta perspectiva de la resiliencia, hoy predominante, se ve reforzada por acciones como la *Estrategia Internacional de Naciones Unidas para la Re-*

ducción de Desastres (UNISDR), que en la actualidad lleva a cabo una campaña titulada *Desarrollando ciudades resilientes*, que busca la reducción de riesgos y el aumento de la sostenibilidad. Se trata, pues, de una perspectiva de interés para explicar la evolución de determinadas ciudades citadas a menudo en este tipo de obras (Hiroshima, Nagasaki, Varsovia, Dresden o Hamburgo tras la Segunda Guerra Mundial, México D.F. tras el terremoto de 1985, Nueva Orleans tras el Katrina, Nueva York tras el 11-S, etc.), pero de escaso interés para analizar los procesos de declive urbano aquí considerados.

Por el contrario, la *Resiliencia-B* —bastante menos analizada en la bibliografía disponible hasta ahora— se entiende como la capacidad de determinadas ciudades para resistir a crisis sistémicas de origen externo, pero reforzadas por ciertas debilidades locales, causantes de un proceso de declive a largo plazo que pone en cuestión su funcionalidad anterior, consiguiendo una transformación interna que permite su adaptación positiva al contexto imperante en la nueva etapa. No se trata, pues, de enfrentar un proceso tan destructivo y devastador en lo inmediato, pero sí de hacerlo con otro que puede tener efectos aún más negativos en el largo plazo, generando un deterioro que afecta a múltiples aspectos de la vida urbana y acaba consumiendo la vitalidad de muchas ciudades, prisioneras de su pasado y carentes de un futuro viable. Sus corrosivos efectos se reflejan también a menudo en el aumento de las tensiones internas, tanto sociales como políticas, lo que dificulta aún más la búsqueda de soluciones compartidas.

Parece tratarse de una capacidad menos frecuente que la anterior porque exige superar el peso de ciertas características heredadas que ahora actúan como lastre, bien eliminándolas o transformándolas para dotarlas de un nuevo significado. Al mismo tiempo, se deben poner en marcha estrategias que incorporen innovaciones, tanto en el plano económico o tecnológico como social y de la gestión urbana, en busca de respuestas también novedosas para hacer frente a los problemas planteados (MÉNDEZ, 2009). En otros términos, la ciudad debe *reinventarse* (GLAESER, 2005) a partir de un legado específico que no se trata de eliminar de forma general sino de evaluar y reutilizar allí donde sea posible, iniciando un proceso del que sólo cabe esperar resultados significativos a medio o largo plazo.

Esos resultados nunca pueden suponer el retorno a una situación pasada de equilibrio —tal como, en cambio, plantean los estudios sobre

ecosistemas o los economistas neoclásicos (DUVAL & *al.*, 2007)— sino una *nueva normalidad*, pues debe asegurarse cierto grado de renovación para que sea eficaz, lo que exige un cambio de objetivos estratégicos, valores y formas de actuación. Existen, por tanto, diferentes pautas alternativas de comportamiento que pueden favorecer la resiliencia y cada ciudad deberá buscar la que mejor se adecúe a sus circunstancias.

En los primeros estudios que utilizaron el concepto de resiliencia urbana predominaron los que analizaban la crisis de pequeños núcleos monoespecializados en actividades extractivas o industriales vinculadas a recursos naturales ya agotados, o que dejaron de ser competitivos en el contexto de mercados más abiertos y menos protegidos, lo que provocó cierres de empresas y pérdidas generalizadas de empleo. A partir de ahí, numerosas ciudades mineras, portuarias o industriales, así como determinadas agrociudades, se enfrentaron a una situación de atonía y una espiral recesiva de la que tan sólo algunas parecen haber sido capaces de salir mediante diferentes estrategias promovidas, sobre todo, desde el propio ámbito local, aunque casi siempre con el apoyo de políticas de ámbito superior (WALLISSER & *al.*, 2005; CSIRO, 2007). La necesidad de considerar los procesos en el medio o largo plazo (PENDALL & *al.*, 2007) puede permitir, incluso, comprobar que una misma ciudad puede haberse visto enfrentada a sucesivas crisis a lo largo del tiempo y ofrecido respuestas diferentes en cada caso. En definitiva, la resiliencia es un proceso dinámico y no una etapa final ya consolidada, por lo que el uso del término como calificativo (*ciudad resiliente*) no parece muy adecuado si se entiende en un sentido estático.

Centrando ahora la atención en este tipo de resiliencia urbana (*Resiliencia-B*), las cuestiones centrales a que se enfrenta la investigación son principalmente dos. La primera es identificar y operativizar los indicadores más adecuados, capaces de reflejar con eficacia esa recuperación, tanto en sus dimensiones materiales y más evidentes como en aquellas otras vinculadas a la percepción y la imagen de sus propios ciudadanos o que se tiene desde el exterior. La segunda es interpretar las claves internas y externas a la propia ciudad que pueden explicar su desigual capacidad de adaptación.

Con relación a la primera, en la sencilla esquematización que refleja la FIG. 1, se trataría de seleccionar aquellas variables que permitieran identificar con cierta precisión a qué ciudades puede considerarse como resilientes y diferen-

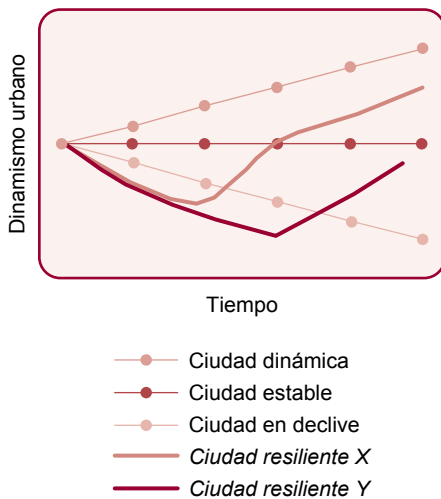


FIG. 1/ Tipología de ciudades según su evolución en el período de análisis

Fuente: Elaboración propia.

ciarlas de aquellas otras que, en función de su evolución en el periodo considerado, pudieran calificarse como dinámicas y resistentes a las crisis, estables o en declive.

En directa relación con algunas preguntas que se plantea FOSTER (2010) en su análisis comparativo sobre las 100 mayores aglomeraciones metropolitanas de Estados Unidos, la propia FIG. 1 suscita cuatro dudas que exigirán respuestas concretas al diagnosticar la evolución de determinadas ciudades:

- En primer lugar, si puede hablarse de resiliencia sólo cuando la ciudad recupera o incluso supera el dinamismo anterior a la crisis (ciudad X), o basta con haber frenado e invertido su trayectoria de declive (ciudad Y).
- Si esa recuperación total o parcial del dinamismo debe relativizarse en función del contexto regional y la comparación con otras ciudades del entorno.
- Cuál es el periodo mínimo de observación exigible para analizar estos procesos y, en concreto, el de recuperación del dinamismo para considerar que se trata de tendencias consistentes y no simples oscilaciones coyunturales.
- Cuando los diversos indicadores del desarrollo urbano no siguen trayectorias coincidentes, cuáles son los que mejor pueden identificar la resiliencia, para lo que la combinación de metodologías de análisis cuantitativas y cualitativas parece la estrategia más adecuada (HILL & al., 2008).

Pero la principal finalidad de los estudios realizados bajo esta denominación será identificar los factores que, en algunos lugares, permiten alcanzar respuestas positivas y recuperar el dinamismo, cuestión que en sí misma poco tiene de novedad en los estudios urbanos. Por esa razón, un objetivo adicional será debatir en qué medida la emergente metáfora sobre la resiliencia supone tan sólo una denominación de moda bajo la que permanecen los anteriores debates teóricos sobre las claves del desarrollo urbano, o bien el uso específico de ese concepto tiene implicaciones en el plano interpretativo, aportando ideas procedentes de otros ámbitos disciplinares donde tiene mayor tradición.

4. Entre el nominalismo y la teorización: algunas precisiones iniciales

Más allá de las diferentes definiciones del concepto, cuestión por otra parte habitual en las ciencias sociales, las aportaciones hechas desde esta perspectiva a la comprensión de la heterogeneidad de respuestas que ofrecen las ciudades y regiones ante adversidades que provocan rupturas en su evolución son, por el momento, bastante limitadas y hasta cierto punto confusas.

Pese a la emergente utilización del término en los estudios urbano-regionales, apenas se incorporan referencias e ideas procedentes de la literatura originaria sobre este concepto, sino que a menudo se recurre a explicaciones que poco tienen que ver con ella. Esa situación conlleva interpretaciones de la resiliencia urbana bastante contrastadas, que reproducen debates teóricos ya conocidos pero ponen en cuestión qué se aporta de nuevo (HASSINK, 2010). Esa valoración crítica se extiende también a quienes, desde posiciones vinculadas al regulacionismo, cuestionan de modo genérico la validez de la escala local como ámbito de análisis adecuado y la capacidad de sus actores para desarrollar respuestas específicas en el actual contexto de globalización (HUDSON, 2010). Un ejemplo demostrativo de esa disparidad puede encontrarse en dos de los textos ya citados, que son también reflejo del predominio de la perspectiva económica en el estudio de estos procesos.

Así, según Polèse el éxito de las ciudades resilientes se asocia con: *i*) la presencia de una población altamente cualificada, *ii*) una economía diversificada con elevada proporción de servicios avanzados y escasa de industrias

maduras, *iii*) una localización central dentro de un área con un amplio mercado interno o una buena posición para comerciar con mercados externos y *iv*) un clima o entorno natural agradable y más favorable que el de otras ciudades del país. Según su planteamiento:

«si una ciudad tiene la fortuna de alcanzar una alta puntuación en los cuatro aspectos, su crecimiento a largo plazo está asegurado y su resiliencia será un resultado inevitable» (POLÈSE, 2010: 21).

Al mismo tiempo, reconoce que buena parte de esos rasgos se correlacionan positivamente con el tamaño urbano, lo que cuestiona su utilidad para explicar procesos de resiliencia en ciudades de tamaño medio o pequeño, donde también son visibles y a menudo más significativos por sus mayores dificultades iniciales.

Con un enfoque diferente, Christopherson, Michie y Tyler consideran como claves explicativas de la capacidad de resiliencia las siguientes: *i*) un sistema de innovación fuerte, unos recursos humanos cualificados y universidades de calidad, bien conectadas a la economía local/regional; *ii*) una moderna infraestructura productiva (redes de transporte, digitales, etc.); *iii*) una base económica diversificada y un sistema financiero eficaz; *iv*) relaciones de colaboración entre empresas y con otras organizaciones; *v*) gobiernos comprometidos en políticas que apuesten por lo anterior y favorezcan una buena inserción internacional (CHRISTOPHERSON & *al.*, 2010: 6-7). Aunque se trata de factores que pueden variar su importancia entre territorios y a lo largo del tiempo, de nuevo en este caso se insiste en el stock de determinados recursos, si bien ahora se añade la importancia de un marco institucional que potencie la construcción de diferentes tipos de redes.

Sin cuestionar ahora la consistencia de algunos de estos argumentos, estamos en presencia de factores que pueden servir para explicar el desarrollo económico de cualquier tipo de ciudad, más viable cuando tales condiciones están presentes y difícil cuando su carencia o escasez se convierten en un obstáculo. Pero se plantea la duda de saber si se trata de una propuesta interpretativa válida para ciudades que, precisamente por presentar una acusada debilidad en este tipo de recursos, se enfrentaron a un agudo declive del que han conseguido recuperarse.

Desde ese planteamiento, resulta necesario diferenciar mejor *qué* se necesita para esa recuperación del *cómo* conseguirlo, pues ambos ti-

pos de cuestiones a menudo se entremezclan y, en el caso de las ciudades enfrentadas a una crisis, lo fundamental es llegar a comprender el modo en que se enfrentan a unas carencias que se hicieron más evidentes al cambiar el contexto exterior. Para lograrlo, puede ser útil volver la mirada hacia algunos de los textos que intentaron explicar por qué ciertas personas, comunidades o sistemas socio-ecológicos se enfrentaron con éxito a la adversidad, para luego regresar al ámbito urbano y discutir la posibilidad de incorporar algunas de esas reflexiones, tal como también plantea FICENEC (2010).

En primer lugar, la resiliencia se entiende como un proceso lento y no una respuesta inmediata a la adversidad, que es consciente y se basa en la decisión de adoptar determinadas estrategias de acción que se consideran adecuadas para lograrlo, no obstante es importante precisar que no existe un único camino para alcanzarla y que los múltiples factores que la impulsan pueden cobrar diferente importancia según los casos. El proceso surge y se construye a partir de un diagnóstico introspectivo sobre la situación del entorno y las propias capacidades/debilidades, importante para saber lo que no podemos cambiar, pero también lo que debe y puede cambiarse. Exige también, por lo tanto, una actitud positiva, de cierta autoestima, que evite la inacción al no aceptar un discurso determinista sobre las negativas perspectivas de futuro, ni tampoco otro asistencialista que deja la responsabilidad del cambio en manos de decisiones y soluciones externas. Debe tener presente que supone una transformación de la que sólo cabe esperar resultados a medio o largo plazo, por lo que lo importante es que las acciones a emprender tengan sentido dentro de un proyecto más que sus resultados inmediatos, pues éxito y sentido no siempre van juntos ni siguen idénticos ritmos.

Se trata, pues, de interpretar que existen alternativas, aunque eso no conlleve la ingenua suposición de que todo es posible ni igualmente probable para todos por igual, lo que debe poner en guardia frente a la simple imitación de comportamientos de éxito en algunos casos, pero no siempre adecuados a otros. Además, el proceso de resiliencia se basa en integrar la experiencia pasada en el presente, sin la inútil pretensión de borrar ese pasado que forma parte de la propia identidad, pues se trata de buscar respuestas creativas para lograr una reconstrucción y no para inventar una nueva realidad.

En segundo lugar, dentro de este esquema argumental resulta de especial significado la in-

sistencia en la dimensión colectiva que tiene ese proceso. Desde los primeros estudios al respecto, la diversa capacidad mostrada por unos y otros se vinculó con tres tipos de factores que se entretajan en forma sistémica: los personales, los familiares y los de contexto. De este modo, GROTBORG (2006) diferenció entre una dimensión interna, asociada a los recursos propios, una dimensión externa relacionada con la ayuda que pueden prestar otras personas próximas, y una dimensión social, que resulta de la interacción con el entorno, planteando la existencia de un *microsistema*, un *exosistema* comunitario y un *macrosistema* sociocultural. La complementariedad e interacción entre esos tres planos o escalas de análisis, frente a visiones puramente individualistas, otorga al estudio de la resiliencia un carácter multidimensional, aspecto de especial importancia en su traslación al ámbito territorial.

Una última precisión útil es la que se deriva de la imagen propuesta por VANISTENDAEL (1998) en la construcción de lo que calificó como la *casa de la resiliencia*. En ella, lo primero que se necesita es disponer de los recursos materiales para satisfacer las necesidades básicas, equivalentes a los cimientos de la edificación. Sobre ellos, el piso principal está representado por la existencia de una red de relaciones que permita poner en marcha proyectos para lograr la renovación, por lo que la buena inserción del individuo en diversos tipos de redes sociales se considera fundamental. Finalmente, en la planta superior se sitúan los diferentes tipos de competencias y aptitudes que pueden facilitar un mayor éxito de las estrategias adaptativas y son complemento necesario a lo anterior: conocimiento, iniciativa, flexibilidad, capacidad de fijar objetivos realistas y de comunicación, espíritu crítico para valorar opciones, cierta dosis de optimismo, etc.

Sin la menor pretensión de resumir en unas líneas la abundante bibliografía accesible sobre estas cuestiones, recordar algunos de estos argumentos puede resultar útil para proponer ahora una interpretación sobre las claves de la resiliencia urbana que resulte, al menos, coherente y no ajena al propio significado del concepto. En ese objetivo se cuenta también con algunos textos recientes que exploran en una dirección similar, pero si se mantiene la metáfora constructiva puede afirmarse que buena parte del edificio teórico está aún por levantar, por lo que las páginas que siguen deben entenderse, sobre todo, como una propuesta de participación en ese debate aún incipiente.

5. Algunas propuestas interpretativas sobre la desigual capacidad de resiliencia urbana

Si en el ámbito de los estudios urbanos y regionales se pretende que el concepto de resiliencia sea algo más que una simple moda pasajera, es fundamental incorporar un contenido teórico que permita interpretar por qué algunos territorios muestran, en un determinado momento, mayor capacidad que otros para enfrentar una situación de crisis y superarla. Tal como acaba de plantearse, para ello habrá que demostrar cierta coherencia con las ideas centrales que se asocian a este concepto en otras disciplinas, pero al mismo tiempo se tratará también de adecuar e integrar esta perspectiva dentro de los debates actuales existentes en la geografía económica, la geografía urbana y los estudios sobre desarrollo territorial, para dotarla así de mayor profundidad.

En tal sentido, la propuesta que aquí se plantea se aleja de los estudios ambientales y, sobre todo, de los planteamientos procedentes de la economía neoclásica, que identifica la resiliencia como proceso de ajuste que permite recuperar una situación de equilibrio, interrumpida por algún acontecimiento externo de carácter anómalo. En la evolución de los territorios nunca existe una vuelta atrás, por lo que el concepto de equilibrio estático no se adecúa a sistemas dinámicos y abiertos, que pueden responder a las crisis de forma heterogénea pero siempre distinta a la del periodo precedente.

Por el contrario, la interpretación que sigue resulta coherente con algunas propuestas realizadas desde los enfoques relacionales y neoinstitucionalistas que entienden el territorio como construcción social (SUNLEY, 2008; MACKINNON & *al.*, 2009; LANG, 2011), al tiempo que con las perspectivas evolucionistas que en estos últimos años han insistido en la especificidad y la importancia de la trayectoria seguida por cada lugar para explicar los comportamientos de sus actores (BOSCHMA & MARTIN, 2007). Pero también, en cierto modo, con aquellas otras que han centrado su atención en la importancia de construir ambientes innovadores, tanto en lo económico como en lo social, para avanzar en el desarrollo y, en este caso, responder mejor a los retos que supone un proceso de declive (CAMAGNI & MAILLAT, 2006).

El esquema interpretativo sobre la desigual adaptabilidad de las ciudades que propone la FIG. 2 pretende ser coherente con algunos de estos planteamientos, en el intento de ofrecer una propuesta sintética e integrada. Pese a su inevitable esquematismo, su objetivo es servir como base de contrastación para investigaciones empíricas que puedan realizarse en determinadas ciudades enfrentadas a trayectorias de desarrollo discontinuas y procesos de declive-resiliencia, para ofrecer una explicación de los factores desencadenantes de ambas situaciones y orientar posibles estrategias de actuación. En tal sentido, aquí se hará una muy breve referencia a cinco aspectos considerados de especial capacidad explicativa: *i*) la influencia de las estructuras heredadas y de la llamada *path dependence*; *ii*) la respuesta de los actores locales y su movilización de los recursos disponibles; *iii*) el carácter sociopolítico de la resiliencia, destacando la importancia de las redes locales y del controvertido concepto de *gobernanza*; *iv*) la necesidad de añadir a lo anterior una buena inserción exterior a partir del establecimiento de relaciones adecuadas para los objetivos de resiliencia; *v*) su traslación a la puesta en marcha de estrategias de innovación, tanto en las empresas como en la sociedad local.

5.1. Estructuras heredadas y trayectorias urbanas

Hace ya más de una década, en el ámbito de la economía DAVID (2000) planteó el concepto de *path dependence*, señalando que los procesos sociales tienen un carácter evolutivo. Por tanto, las herencias del pasado pueden provocar inercias y respuestas subóptimas en bastantes casos que cuestionan la racionalidad de determinadas decisiones individuales o colectivas, pues circunstancias que las condicionaron en otros momentos pueden seguir haciéndolo en el presente aunque la situación haya cambiado en términos objetivos. Un argumento similar puede aplicarse a la evolución de las ciudades, que, en el marco de procesos generales que afectan a todas, siguen trayectorias específicas en donde las decisiones y acciones que se toman en la actualidad se ven aún condicionadas por una acumulación de decisiones pasadas, acontecimientos o simples *accidentes históricos*, que pueden seguir haciéndose presentes durante generaciones. En tal sentido, los cambios que puedan producirse en un momento determinado nunca surgen en el vacío, sino en contextos estructurales e institucionales preexistentes (MARTIN & SIMMIE, 2008) y ese es un punto de partida que debe

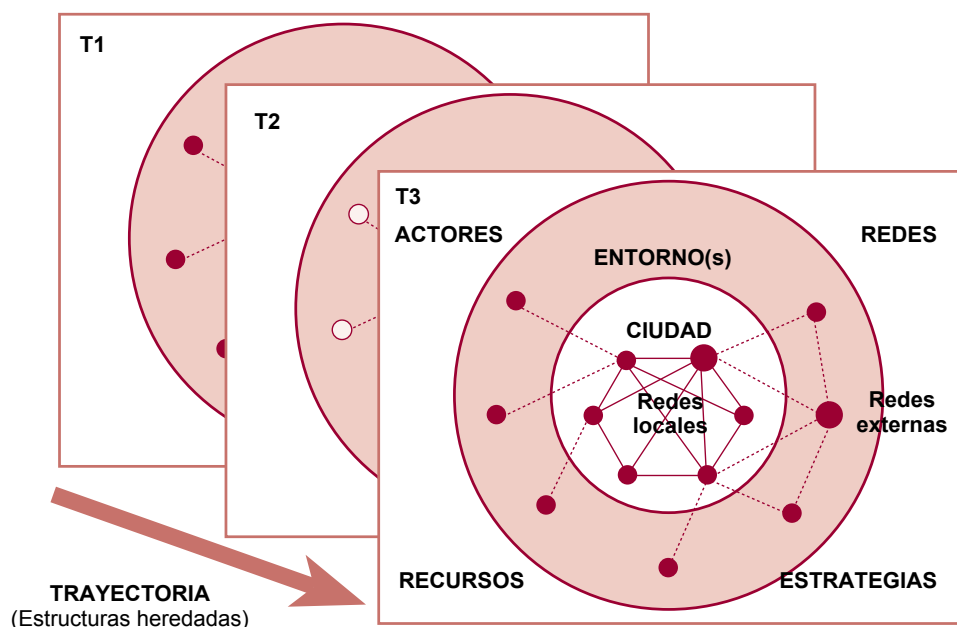


Fig. 2/ Claves de la resiliencia urbana: factores explicativos y escalas espacio-temporales

Fuente: Elaboración propia.

tenerse en cuenta al considerar su diversa capacidad de resiliencia.

Por una parte, las ciudades heredan un *stock* de recursos materiales cuyo volumen y características condicionan su evolución: su dotación en capital físico en forma de infraestructuras y equipamientos, capital productivo en forma de empresas, o capital humano en forma de ciudadanos con ciertos niveles formativos y de cualificación son tres de los más citados. Especial importancia suele concederse a la estructura económica y el tipo de especialización funcional, que generan múltiples relaciones de dependencia difíciles de cambiar (vínculos interempresariales, demanda de servicios, *saber hacer* de los trabajadores, estructura sociolaboral, etc.). En el caso de numerosas ciudades en declive, la crisis de los sectores en que se basaba la economía local fue el origen del cambio de tendencia y, por ello, el reto a menudo se plantea entre la voluntad política de transformar esa estructura, sustituyendo actividades ya poco competitivas por otras con mejores expectativas y la imposibilidad de provocar una metamorfosis rápida que, de producirse, también acarrearía elevados costes sociales. La idea de la *path dependence* apunta así a la conveniencia de transformar algunas estructuras heredadas y avanzar hacia una mayor diversificación, pero apostando al mismo tiempo por la permanencia de otras coherentes con la trayectoria local, que deberán renovarse para ser viables en la nueva etapa.

Al mismo tiempo, las trayectorias de desarrollo de las ciudades también se asocian a otros rasgos menos tangibles, pero no por ello menos importantes ni difíciles de cambiar. Aquí se incluyen las instituciones (valores y comportamientos colectivos, normas, organizaciones) y las relaciones sociales, junto a unos estilos de gobierno y gestión de los asuntos locales que también constituyen una seña de identidad que tiende a pervivir e influye sobre la capacidad de respuesta al reto del declive. Modificar, por ejemplo, una cultura autocrática, en donde las decisiones estratégicas se tomaban tradicionalmente por unos pocos, en favor de otra más participativa, o un ambiente conflictivo de intereses encontrados y fuerte individualismo por otro de colaboración ante la adversidad colectiva puede exigir tanto o más esfuerzo que la inversión en infraestructuras, educación o desarrollo tecnológico. Por tanto, el cambio de las bases materiales de la ciudad exigirá en paralelo un esfuerzo de adaptación en las estructuras institucionales de soporte para resultar eficaz.

En consecuencia, si bien el pasado de las ciudades no determina su futuro, sí influye de modo significativo sobre las debilidades o potencialidades acumuladas y, en el caso de las aquejadas por procesos de declive, ese balance resultó negativo en un determinado momento histórico. También debe orientar las estrategias de resiliencia que, más allá de posibles recetas genéricas, deberán proponer respuestas específicas basadas necesariamente en un buen diagnóstico previo de cada caso.

5.2. Respuestas de los actores y movilización de los recursos locales

Enfrentadas a una situación de declive, derivada de procesos estructurales y de su particular trayectoria, las ciudades pueden abandonarse a su suerte y reaccionar de forma defensiva a las presiones externas, o bien pueden plantearse respuestas más proactivas, surgidas de la decisión y el esfuerzo de diferentes personas e instituciones a las que cabe calificar como actores locales, con desigual presencia del sector público, el ámbito empresarial o la sociedad civil según los casos. Cuanto mayor sea la densidad de actores implicados y más cuantiosos los recursos de que dispongan (financieros, humanos, de conocimiento, de influencia, etc.), cabe suponer que mayor será también la posibilidad de hacer frente a la situación, adaptándose y *reinventándose* con el fin de recuperar la senda del desarrollo perdida.

El primer paso será hacer un inventario de los recursos disponibles en la ciudad, en especial aquellos de carácter específico, construidos socialmente en el tiempo, difíciles de reproducir y capaces de dotarla de cierta identidad, para ponerlos en valor y utilizarlos en una estrategia de revitalización. Son sin duda importantes los recursos materiales en forma de empresas, infraestructuras, equipamientos o patrimonio inmobiliario (ALBERTOS & *al.*, 2004). Pero en la actualidad suele hacerse más hincapié en otros como el capital humano, el cultural, el social o el intelectual, que pueden asimilarse a lo que MASKELL & MALMBERG (1999) identifican como *capacidades localizadas* y que a menudo no abundan en estas ciudades por su historia reciente y exigen orientar en esa dirección buena parte del esfuerzo inversor.

Pero si la presencia de actores locales comprometidos con la búsqueda de soluciones es importante, la capacidad de liderazgo muestra-

da por los gobiernos locales suele valorarse como esencial, tanto para desencadenar y gestionar las iniciativas de revitalización como para ejercer de agentes catalizadores, al tejer vínculos entre los restantes actores presentes en la ciudad, con culturas e intereses a menudo no coincidentes. Según un estudio realizado para las ciudades medias británicas por la *Work Foundation*, ese liderazgo, basado en su credibilidad y autoridad, junto a la inversión en formación especializada y adaptada a las específicas necesidades locales, la búsqueda de una identidad urbana que ayude a atraer empresas, trabajadores cualificados o visitantes, así como la colaboración con otras ciudades para trabajar en proyectos comunes, serán instrumentos útiles para impulsar la recuperación (CLAYTON & MORRIS, 2010).

No obstante, la búsqueda de capital exterior (inversiones, instalación de empresas, turistas...), el fomento de la actividad empresarial e inmobiliaria y el freno a la deslocalización se convierten, a menudo, en los ejes prioritarios de la acción del gobierno local, que se constituye en *facilitador* de esas dinámicas económicas de las que depende también parte importante de sus propios recursos. En ese sentido, el *empresarialismo urbano* (HARVEY, 1989 y 2007), destinado en principio a completar las simples tareas de gestión con una función más activa en la promoción del desarrollo local, a menudo acaba orientándose en exceso en esta dirección, dejando de lado otras dimensiones no menos importantes relacionadas con las condiciones de vida de los sectores socio-laborales precisamente más golpeados por la crisis.

5.3. Redes socioeconómicas, capital social y gobernanza: el diverso significado de las coaliciones locales

Otro factor que parece fundamental para lograr la resiliencia es integrar las acciones individuales en un contexto de relaciones con el entorno que permitan reforzar esa estrategia. Tal como se ha destacado en diferentes análisis sobre la influencia de las redes locales en el impulso a procesos de desarrollo, pueden distinguirse dos esferas complementarias: la empresarial y la cívica (CARAVACA & GONZÁLEZ, 2009; SALOM & ALBERTOS, 2009).

En primer lugar, para reforzar la competitividad de las empresas instaladas en la ciudad —incluidas las de los sectores afectados de forma

más negativa— se considera útil la construcción de redes de cooperación entre ellas, tanto formalizadas como informales pero relativamente densas y estables, que supongan la formación de *clusters* integrados en donde se reducen los costes de transacción en el intercambio de información y conocimiento tácito al compartir trabajo en común, aumentando la eficiencia colectiva. Eso permitirá también reforzar los procesos de aprendizaje interactivo apoyados en ese *milieu* o *buzz* local (STORPER & VENABLES, 2004), de especial relevancia en la transmisión de conocimiento tácito, traducidos en diversos tipos de externalidades positivas y rendimientos crecientes.

Pero tanto o más necesaria será la presencia de redes sociales entre personas e instituciones públicas y privadas que a su proximidad espacial unen la derivada de códigos y lenguajes comunes, con objeto de poner en marcha iniciativas de signo muy diverso (culturales, políticas, solidarias, de ocio, etc.). Como recuerda WOLFE (2010: 143), «esta dimensión cívica del capital social es particularmente sensible a la distancia geográfica» y exige relaciones cara a cara poco formalizadas, que pueden generar cierto sentido de comunidad e identidad necesario para abordar cualquier estrategia compartida de superación del declive. Esta será también la base de una gobernanza local verdaderamente participativa, que implique la concertación entre diversos actores no sólo en la reflexión y la propuesta de estrategias, sino también en la toma de decisiones para su materialización, acumulando recursos y dotando de mayor legitimidad a esas decisiones colectivas (LE GALÉS, 2002; PASCUAL & GODÁS, 2010; BASSOLS & MENDOZA, 2011).

Estas formas de gestión en que interactúan los sectores público, privado y civil pueden propiciar una mayor participación y favorecer la puesta en marcha de estrategias de resiliencia. Pero ese efecto no está en absoluto garantizado pues, a menudo, la gobernanza urbana es más formal que real y muestra dos caras contradictorias que es preciso considerar. La presencia de relaciones de poder desequilibradas y la defensa de intereses contrapuestos entre los integrantes de las coaliciones locales pueden suponer un *déficit democrático* (SWYNGEDOUW, 2005) derivado de situaciones diversas, pero que aparecen con frecuencia al analizar ciudades concretas.

En un extremo se sitúan aquellas redes locales que surgen y funcionan «a la sombra de la jerarquía» (JESSOP, 1997: 575), bajo el dominio de formas tradicionales de autoridad, de

carácter más vertical que horizontal, en donde la participación de los actores sociales se limita al asesoramiento o el debate, que sirve para legitimar decisiones de gobierno. En el extremo opuesto, este discurso sirve a veces de justificación para externalizar segmentos crecientes de la gestión urbana desde el sector público al privado tal como postulan las tesis neoliberales. En ese sentido, aunque

«el cambio de gobierno a gobernanza implica la influencia de nuevos actores en la toma de decisiones políticas, dado que las redes se amplían para incluir nuevas representaciones», en esos casos supone que «se detrae más poder político del alcance de los representantes democráticamente elegidos» (PIKE & *al.*, 2011: 200-201)

y, por tanto, las decisiones estratégicas quedan en manos de unas élites locales sin apenas de control ciudadano efectivo. Entre ambas situaciones, en bastantes casos la gobernanza permite la participación de aquellos actores (*stakeholders*) con influencia previa suficiente como para ser convocados, mientras margina a aquellos otros segmentos de la sociedad local menos organizados o con menores recursos, lo que condicionará la agenda y las prioridades que definan la gestión urbana.

Por lo tanto, no todas las formas de gobernanza favorecerán la puesta en marcha de estrategias de resiliencia, pues en ocasiones pueden ser un factor de inercia y resistencia al cambio, al intentar reproducir pautas de comportamiento anteriores, ya disfuncionales. Al mismo tiempo, las diversas geometrías de poder en el seno de las coaliciones locales, que incluyen a unos y excluyen a otros de los procesos de deliberación/decisión, también influirán sobre el sentido de la resiliencia, al atender de modo desigual las diversas demandas que puedan surgir en el seno de la sociedad local. En consecuencia, las diferencias territoriales de adaptación que identifican la resiliencia exigen comprender las relaciones de poder en cada lugar y valorar la aportación de los sectores hegemónicos a la consecución de objetivos colectivos (PIKE & *al.*, 2010), en especial de aquellos más afectados por la crisis.

5.4. Inserción exterior y relaciones multiescalares

Al considerar los procesos de declive es habitual prestar especial atención a los factores

externos a la propia ciudad, pero en cambio algunas visiones de la resiliencia urbana demasiado localistas centran su atención de forma casi exclusiva en el papel de los actores y las redes internas. Se olvida así ese otro plano de análisis que corresponde a las relaciones que las ciudades tejen con el exterior y que pueden ser una oportunidad para transformar la situación heredada y promover la innovación económica y social o, por el contrario, dificultar ese proceso ante la creciente influencia de lógicas globales y grupos financieros/empresariales e instituciones internacionales cuyas decisiones generan impactos directos y aumentan la vulnerabilidad de numerosas ciudades (VALE, 2011).

En tal sentido, aunque cada ciudad constituye una entidad espacial diferenciada y con identidad propia, también debe tenerse presente que está cada vez más abierta al exterior, interconectada por densas redes de flujos materiales e inmateriales que no quedan bien reflejadas en el ya clásico binomio local-global, sino que hacen necesario plantear el análisis a diferentes escalas (MACLEOD & JONES, 2007). En esa perspectiva multiescalar sigue siendo importante la consideración del Estado y de sus políticas, cuyo frecuente debilitamiento en las últimas décadas ha hecho precisamente más frágiles a muchos territorios y a diferentes sectores económicos y sociales.

En relación con un concepto utilizado con sentidos tan diversos como es el de resiliencia, existen visiones demasiado *autocentradas* que deben someterse a este tipo de crítica, pero resulta más discutible extrapolar ese enfoque a todas las visiones existentes sobre tales procesos. Ya en el ámbito de la resiliencia personal y comunitaria FORÉS & GRANÉ (2010: 116) alertan de que, si bien en algunos autores «llega a ser una magnífica excusa y una excelente justificación teórica para reducir e incluso eliminar toda política social», porque «las personas son resilientes o no lo son... este enfoque desvirtuado de la resiliencia es peligroso porque puede significar la carencia de solidaridad social». En ese sentido, la *ausencia de Estado* hará más difícil la recuperación de aquellas ciudades que se enfrentan a una situación de mayor debilidad, si no pueden contar con el apoyo de políticas destinadas a renovar su base productiva, generar empleos, mejorar sus infraestructuras, sus niveles educativos, la calidad de vida de sus ciudadanos y elevar la cohesión territorial, acompañamiento necesario a las estrategias que puedan promoverse desde el ámbito local.

5.5. Estrategias locales y esfuerzo innovador

La transformación de las ciudades en declive exige cierta dosis de creatividad, tanto para renovar el imaginario colectivo como para poner en marcha estrategias concertadas que exploren nuevos caminos para el desarrollo y se traduzcan en medidas concretas. Se trata, por un lado, de generar nuevas narrativas que, sin ignorar las dificultades e incertidumbres a que se enfrenta la ciudad, destaquen sus potencialidades y establezcan objetivos de futuro a la vez creíbles, integradores y movilizadores. Ese discurso, enfrentado al pesimismo y la demanda de apoyo externo como única respuesta que propicia la inacción necesitará basarse en una realidad que evolucione por pasos sucesivos a partir de acciones transformadoras. Sus destinatarios deberán ser tanto la población y los actores locales como otros externos, a los que se tratará de interesar para visitar o invertir en la ciudad.

Al mismo tiempo, parece de especial importancia la puesta en marcha de estrategias de desarrollo urbano que consideren de forma equilibrada sus distintos componentes y que puedan calificarse como innovadoras, en tanto suponen respuestas nuevas a los retos existentes. Se trata, pues, de superar visiones de la innovación que limitan su atención a los aspectos tecnológicos, preocupadas ante todo por la mejora competitiva de las empresas, para considerar también objetivos de innovación social, que incluyen desde una participación ciudadana más activa a una gestión más eficaz de los asuntos públicos.

En las dos últimas décadas son bastantes las ciudades en declive donde el gobierno local, sólo o en colaboración con actores privados, ha puesto en práctica una nueva generación de este tipo de políticas dirigidas a la regeneración (MOULAERT, & *al.*, 2001). Pero a menudo, la especial atención prestada a la creciente competencia interurbana en los mercados mundiales y la consiguiente búsqueda de ventajas competitivas ha justificado concentrar buena parte de los recursos en grandes infraestructuras y en megaproyectos relacionados con sectores hoy considerados estratégicos (TIC, finanzas, actividades culturales y creativas...), que buscan transformar también la propia imagen urbana y reforzar su posición internacional. En paralelo, surgen intentos para atraer a esos grupos profesionales altamente cualificados que algunos identifican como *clase creativa* (FLORIDA, 2005) mediante el fo-

mento de las amenidades urbanas, la gentrificación de los centros o la construcción de enclaves suburbanos de calidad para la residencia y el consumo. Su mejor exponente pueden ser las operaciones destinadas a renovar áreas industriales, portuarias o barrios obreros deteriorados mediante la construcción de museos, auditorios de música y centros culturales, palacios de exposiciones y congresos, centros de negocio, áreas de ocio, etc., a menudo con el aval de arquitectos de prestigio.

Las nuevas formas de regulación urbana, de inspiración neoliberal, tienen un evidente reflejo en este tipo de políticas fuertemente selectivas, elitistas y destinadas a mejorar la inserción de las ciudades en la economía global (SWYNGEDOUW & *al.*, 2002). Pero una estrategia de resiliencia más inclusiva, que busque frenar la fragmentación socio-espacial creciente derivada del propio declive —siempre selectivo en sus impactos sectoriales, sociales y territoriales— debería orientarse a recuperar una planificación que diversifique sus objetivos y acciones, prestando más atención a los aspectos distributivos, la mejora de la calidad de vida en el conjunto de la ciudad y la sostenibilidad, a partir de una definición de prioridades acorde con cada realidad específica. En una panorámica general, pueden señalarse cuatro líneas principales de actuación (FIG. 3).

Aquí se incluyen, sin duda, las destinadas a la construcción de una ciudad más competitiva mediante iniciativas en materia de promoción económica y del empleo, lo que incluye la identificación y el apoyo a *clusters* estratégicos, el asesoramiento a nuevos emprendedores o la promoción de áreas empresariales bien equipadas, entre otras. También las que puedan elevar la calidad de vida y hacer la ciudad más habitable, ya sea a través del planeamiento urbanístico, de acciones en materia ambiental, protección del patrimonio, renovación de áreas degradadas y apoyo a grupos en riesgo de exclusión, oferta de bienes públicos, etc. Están, en tercer lugar, las orientadas a promover una ciudad más innovadora, incluyendo desde programas de formación vinculados a la base productiva local, a la creación de instituciones de apoyo a la I+D+i o de espacios donde concentrar iniciativas culturales y creativas. Deben incluirse, por último, las destinadas a densificar las redes que vinculan a los diferentes actores sociales con objeto de lograr la consolidación de una ciudad con proyecto compartido, que no ignora el conflicto pero explora vías de solución negociadas entre el mayor número posible de actores, sin olvidar la búsqueda de una buena conexión



FIG. 3/ Principales estrategias para la resiliencia urbana

Fuente: Elaboración propia.

con otras instancias del Estado multinivel y una creciente presencia internacional. En resumen, debe tenerse muy presente que la resiliencia tiene una naturaleza sistémica y que exige, por tanto, considerar de forma integrada sus distintas dimensiones y escalas.

6. Conclusiones

Los procesos de desarrollo urbano, observados a medio o largo plazo, difícilmente pueden entenderse como continuos, pues las rupturas y cambios de tendencia son frecuentes, aunque su profundidad y duración resulten muy variables. Tanto en el pasado reciente como en el presente son bastante numerosas las ciudades que se han visto sometidas a situaciones de crisis, debidas a acontecimientos puntuales de especial gravedad y, más aún, al agotamiento de su modelo de desarrollo anterior, con impactos visibles en múltiples aspectos. El concepto de *resiliencia*, utilizado con anterioridad en otras disciplinas, emerge ahora para poner nuevo nombre a la capacidad mostrada por algunas de esas ciudades para en-

frentar el declive, adaptarse a la nueva situación y reconstruir una trayectoria de desarrollo, por contraste con aquellas otras que se enfrentan a graves dificultades para lograrlo. Pero esa novedad no deja de proyectar ciertas sombras que exigen un análisis crítico de sus potencialidades y limitaciones.

En una referencia a las políticas urbanas, que aquí puede trasladarse también al conjunto de los estudios urbanos, HARVEY (2007: 384) señaló cierta tendencia posmoderna:

«a optar por lo efímero y el eclecticismo de la moda y del estilo en lugar de apostar por valores duraderos, a preferir la cita y la ficción en lugar de la invención y la función... a primar el medio sobre el mensaje y la imagen sobre la sustancia».

En tiempos como el actual, caracterizado por la multiplicación de metáforas para describir la evolución urbana mediante la traslación de términos procedentes de disciplinas donde a menudo tenían un significado distinto, conceptos como el aquí considerado suscitan la creciente atención de unos, pero también el escepticismo

de otros sobre su aportación a una mejor descripción y comprensión de este tipo de procesos. Más allá de una posible moda pasajera, su uso sólo resultará de utilidad si se precisan los diversos significados que se le han dado hasta ahora y si incorpora un contenido teórico coherente, que pueda quedar enmarcado en los debates actuales sobre claves del desarrollo urbano y regional. Sólo si se profundiza en esa dirección cabe compartir la opinión de SIMMIE & MARTIN (2010: 27) en el sentido de que la noción de resiliencia puede ser:

«altamente relevante para comprender los procesos y pautas del desarrollo desigual».

En el plano de las definiciones, frente a quienes identifican la resiliencia urbana con el regreso a una supuesta situación de equilibrio previa al choque provocado por algún acontecimiento externo, o a quienes lo asocian a la capacidad para prevenir esos posibles golpes reduciendo la vulnerabilidad del sistema, aquí se interpreta que se trata de una capacidad no generalizada de adaptación y posterior recuperación tras el impacto de una crisis duradera,

iniciando una nueva etapa en que se entremezclan rasgos heredados del pasado, transformados total o parcialmente, junto con otros nuevos. En el plano teórico, la propuesta interpretativa realizada ha buscado poner de manifiesto la posibilidad de integrar estos estudios sobre resiliencia urbana en el marco que aportan la geografía relacional, el neoinstitucionalismo y los enfoques evolucionistas.

Pero sólo la contrastación de este tipo de reflexiones con el análisis de la evolución registrada por ciudades concretas mediante el uso de estrategias de investigación multimétodo permitirá comprobar su verdadero valor explicativo y su utilidad para orientar políticas de dinamización. Si la crisis iniciada en 2008 se entiende como algo más que una simple oscilación coyuntural en la evolución cíclica del capitalismo, el estudio de las diferentes respuestas urbanas ante la nueva amenaza que se cierne sobre muchas ciudades puede suponer una línea de trabajo relevante en los planos científico y social para la que el concepto de resiliencia ofrece un camino a explorar.

7. Bibliografía

- ADGER, W. N. (2000): «Social and ecological resilience: are they related?» *Progress in Human Geography*, 24, pp. 347-364.
- ALBERTOS, J. M. & I. CARAVACA & R. MÉNDEZ & J. L. SÁNCHEZ (2004): «Desarrollo territorial y procesos de innovación socioeconómica en sistemas productivos locales». En J. L. ALONSO & al. (ed.). *Recursos territoriales y geografía de la innovación industrial en España*: 15-60, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca.
- BASSOLS, M. & C. MENDOZA (coords.) (2011): *Gobernanza. Teoría y prácticas colectivas*. Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana. México DF.
- BOSCHMA, R. A. & R. MARTIN (2007): «Constructing an evolutionary economic geography» *Journal of Economic Geography*, 7: 537-548.
- BUSTOS, E. DE (2000): *La metáfora. Ensayos transdisciplinarios*. Fondo de Cultura Económica. Madrid.
- CAMAGNI, R. & D. MAILLAT (eds.) (2006): *Milieux innovateurs. Théorie et politiques*. Economica, París.
- CARAVACA, I. & G. GONZÁLEZ (2009): «Las redes de colaboración como base del desarrollo territorial». *Scripta Nova*, XIII, 289, 1 de mayo.
- CHEARNICK, H. (ed.) (2005): *Resilient city. The economic impact of 9/11*. Nueva York, Russell Sage Foundation.
- CHRISTOPHERSON, S. & J. MICHIE & P. TYLER (2010): «Regional resilience: theoretical and empirical perspectives». *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 3: 3-10.
- CLAYTON, N. & K. MORRIS (2010): *Recession, recovery and medium-sized cities*. The Work Foundation. Londres.
- CSIRO (2007): *A research prospectus for urban resilience. A Resilience Alliance Initiative for transitioning urban systems towards sustainable futures*. Canberra, CSIRO-Arizona State University-Stoc-kolm University.
- CYRULNIK, B. & al. (2004): *El realismo de la esperanza. Testimonios de experiencias profesionales en torno a la resiliencia*. Barcelona, Gedisa.
- DAUPHINÉ, A. & D. PROVITOLLO (2007): «La résilience: un concept pour la gestion des risques». *Annales de Géographie*, 654: 115-125.
- DAVID, P. A. (2000): «Path dependence, its critics and the quest for historical economics». En P. GARROUSTE & S. IOANNIDES (eds.). *Evolution and path dependence in economic ideas: past and present*: 15-40, Cheltenham, Edward Elgar.
- DUVAL, R. & J. ELMESKOV & L. VOGEL (2007): «Structural policies and economic resilience to shocks». OECD Economics Department, *Working Paper* 567, 52 pp.
- FICENEC, S. V. (2010): «Building regional economic resilience: what can we learn from other fields?» Building Resilient Regions Network/Institute of Governmental Studies, Universidad de California, Berkeley, *Working Paper* 2010-06, 33 pp.
- FLORIDA, R. (2005): *Cities and the creative class*. Londres, Routledge.

- FOL, S. & E. CUNNINGHAM-SABOT (2010): «Declin urbain et shrinking cities: une evaluation critique des approches de la décroissance urbaine». *Annales de Géographie*, 674: 359-383.
- FOLKE, C. (2006): «Resilience: the emergence of a perspective for socio-ecological systems analyses». *Global Environmental Change*, 16 (3): 253-267.
- FORÉS, A. & J. GRANÉ (2010): *La resiliencia. Crecer desde la adversidad*. Barcelona, Plataforma Editorial, 2.ª edición.
- FOSTER, K. A. (2010): «Regional resilience. How do we know it when we see it?». *4th Annual Brookings-GWIPP-Urban Conference on Urban and Regional Policy and Its Effects*, Washington DC (Disponible en [http://www.gwu.edu/~gwipp/Foster%20-%20Regional%20Resilience %20May%202010.pdf](http://www.gwu.edu/~gwipp/Foster%20-%20Regional%20Resilience%20May%202010.pdf)).
- GLAESER, E. (2005): «Reinventing Boston, 1630-2003». *Journal of Economic Geography*, 5: 119-153.
- GROTBERG, E. H. (ed.) (2006): *La resiliencia en el mundo de hoy. Cómo superar las adversidades*, Gedisa, Barcelona.
- GUNDERSON, L. H. & C. S. HOLLING (2002): *Panarchy: understanding transformations in human natural systems*. Island Press Washington DC.
- HARVEY, D. (1989): «From managerialism to entrepreneurialism: the transformation in urban governance in late capitalism». *Geografiska Annaler*, 71B (1): 3-18.
- (2007): *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid, Akal.
- HASSINK, R. (2010): «Regional resilience: a promising concept to explain differences in regional economic adaptability?». *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 3: 45-58.
- HILL, E. W. & H. WIAL & H. WOLMAN (2008): «Exploring regional economic resilience» Building Resilient Regions Network/Institute of Governmental Studies, Universidad de California, Berkeley, *Working Paper 2008-04*, 17 pp.
- HILL, E. W. & al. (2010): «Economic shocks and regional economic resilience». Building Resilient Regions Network/Institute of Governmental Studies, Universidad de California, Berkeley, *Working Paper 2010-10*, 69 pp.
- HOLLING, C. (1973): «Resilience and stability of ecological systems» *Annual Review of Ecology & Systematics*, n.º 4, pp. 1-23.
- HUDSON, R. (2010): «Resilient regions in an uncertain world: wisful thinking or a practical reality?». *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 3: 11-25.
- JESSOP, B. (1997): «Capitalism and its future: remarks on regulation, government and governance». *Review of International Political Economy*, 4 (3): 561-581.
- KEYES, C. L. M. (2004): «Risk and resilience in human development: an introduction». *Research in Human Development*, 1 (4): 223-227.
- LANG, T. (2011): «Urban resilience and new institutional theory. A happy couple for urban and regional studies?». En B. MÜLLER (ed.). *Urban regional resilience: how do cities and regions deal with change?* Berlín-Heidelberg, Springer Verlag, 15-24.
- LANGNER, M. & W. ENDLICHER (eds.) (2008): *Shrinking cities: effects on urban ecology and challenges for urban development*. Nueva York, Peter Lang.
- LE GALÉS, P. (2002): *European cities: social conflicts and governance*. Oxford, Oxford University Press.
- LECOMTE, J. (2010): «El buen uso de la memoria y del olvido». En M. MANCIAUX (comp.), *La resiliencia: resistir y rehacerse*: 202-213. Gedisa, Barcelona.
- LUTHAR, S. S. & D. CICCHETTI & B. BECKER (2000): The construct of resilience: a critical evaluation and guidelines for future research. *Child Development*, 71: 543-562 (disponible en <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC1885202/>).
- MACKINNON, D. & A. CUMBERS & A. PIKE & K. BIRCH & R. MCMASTER (2009): «Evolution in economic geography: institutions, political economy and adaptation». *Economic Geography*, 85: 129-150.
- MACLEOD, G. & G. JONES (2007): «Territorial, scalar, networked, connected: in what sense a regional world?». *Regional Studies*, 41: 1177-1191.
- MARKUSEN, A. (1999): «Fuzzy concepts, scanty evidence, policy distance: the case for rigour and policy relevance in critical regional studies». *Regional Studies*, 37 (1): 701-717.
- MARTIN, R. (2012): «Regional economic resilience, hysteresis and recessionary shocks». *Journal of Economic Geography*, 12 (1): 1-32.
- & J. SIMMIE (2008): «Path dependence and local innovation systems in city-regions». *Innovation Management Policy & Practice*, 10: 183-196.
- MASKEL, P. & A. MALMBERG (1999): «Localised learning and industrial competitiveness». *Cambridge Journal of Economics*, 23: 167-185.
- MÉNDEZ, R. (2009): «Conocimiento e innovación para el desarrollo de ciudades intermedias». En *Ciudades, culturas y fronteras en un mundo en cambio*: 20-43, Junta de Andalucía, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla.
- MOULAERT, F. & E. SWYNGEDOUW & A. RODRÍGUEZ (2001): «Nuevas políticas urbanas para la revitalización de ciudades en Europa». *Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales*, 129: 409-424.
- PASCUAL, J. M & X. GODÁS (coords.) (2010): *El buen gobierno 2.0: la gobernanza democrática territorial*. Valencia, Tirant lo Blanch.
- PELLING, M. (2003): *The vulnerability of cities: natural disasters and social resilience*. Earthscan Londres.
- PENDALL, R. & K. A. FOSTER & M. COWELL (2007): «Resilience and regions: building understanding of the metaphor». *Working Paper 2007-12*, Building Resilient Regions Network/Institute of Governmental Studies, University of California, Berkeley, 22 pp.
- PIKE, A. & S. DAWLEY & J. TOMANEY (2010): «Resilience, adaptation and adaptability». *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 3: 59-70.
- PIKE, A. & A. RODRÍGUEZ-POSE & J. TOMANEY (2011): *Desarrollo local y regional*. Publicaciones Universidad de Valencia.
- POLÈSE, M. (2010): «The resilient city: on the determinants of successful urban economies». *Working Paper*, 2010-03, Centre-Urbanisation Culture

- Société. INRS. University of Quebec, Montréal, 24 pp.
- SALOM, J. & J. M. ALBERTOS (eds.) (2009): *Redes socioinstitucionales, estrategias de innovación y desarrollo territorial en España*. Publicaciones Universidad de Valencia.
- SHAW, R. & A. SHARMA (eds.) (2011): *Climate and disaster resilience in cities*. Emerald Group Publishing. Londres.
- SIMMIE, J. & R. MARTIN (2010): «The economic resilience of regions: towards an evolutionary approach». *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 3: 27-43.
- STORPER, M. & A. J. VENABLES (2004): «Buzz: face-to-face contact and the urban economy», *Journal of Economic Geography*, 4 (4): 351-370.
- SUNLEY, P. (2008): «Relational economic geography: a partial understanding or a new paradigm?». *Economic Geography*, 84: 1-26.
- SWYNGEDOUW, E. (2005): «Governance innovation and the citizen: the Janus face of governance-beyond-the-State». *Urban Studies*, 42 (11): 1991-2006.
- & F. MOULAERT & A. RODRÍGUEZ (2002): «Neoliberal urbanization in Europe: large-scale urban development projects and the new urban policy». *Antipode*, 34 (3): 542-577.
- URIARTE, J. D. (2005): «La resiliencia. Una nueva perspectiva en psicopatología del desarrollo». *Revista de Psicodidáctica*, 10 (2): 61-80.
- VALE, M. (2011): «Innovation networks and local and regional development policy». En A. PIKE & A. RODRÍGUEZ-POSE & J. TOMANEY (eds.), *Handbook of local and regional development*: 413-424, Routledge Nueva York.
- VALE, L. J. & T. J. CAMPANELLA (eds.) (2005): *The resilient city: how modern cities recover from disaster*. Oxford University Press. Nueva York.
- VANISTENDAEL, S. (1998): *La resiliencia ou le réalisme de l'espérance*. Cahiers du BICE, 3.^a edición. Ginebra.
- WALKER, B. & C. S. HOLLING & S. R. CARPENTER & A. KINZIG (2004): «Resilience, adaptability and transformability in socio-ecological systems». *Ecology & Society*, 9 (2). Disponible en <http://www.ecologyandsociety.org/vol9/iss2/art5/>.
- WALLISSER, B. & B. MUELLER & C. MCLEAN (2005): *The resilient city*, Ministry of Community Aboriginal and Woman's Services, Government of British Columbia. Vancouver.
- WOLFE, D. A. (2010): «The strategic management of core cities: path dependence and economic adjustment in resilient regions». *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 3: 139-152.